

*HOMILÍA PARA LA EUCARISTÍA
DE SUS BODAS DE ORO SACERDOTALES,
POR EL CANÓNIGO ORGANISTA DE LA S.M. Y P.I. CATEDRAL
ILMO. SR. D. JOSÉ ENRIQUE AYARRA JARNE,
ACADÉMICO NUMERARIO*

HOMILIA para la Eucaristía de mis Bodas de Oro sacerdotales

El día que S.S. el Papa Benedicto XVI cumplía sus primeros 80 años de edad nos sorprendió a todos con estas palabras: *“Doy gracias a DIOS por mi vida, por mi familia, y por la que ha sido siempre mi compañera de viaje: la música, que en todo momento me ha dado consuelo y alegría.... Y doy gracias a TODOS los que orientaron mi vida por el camino de la música en alabanza del Señor.”*

Ni qué decir tiene que yo hoy suscribo y hago mías estas palabras con las que el Papa da gracias a Dios por lo que ha recibido en la vida. Y las hago mías porque precisamente es éste y no otro el motivo que explica y justifica esta celebración eucarística: **dar gracias a Dios y dar gracias a todos**, por lo que he recibido de Él y por lo que os debo a vosotros.

En primer lugar, quiero dar gracias a Dios **por el don de la vida** y por todo lo que ella me ha aportado; por haberme orientado hacia la música; por haberme elegido para ser sacerdote; por haberme permitido llegar a estas Bodas de Oro, y poder celebrarlas en el estado de salud en que me encuentro; algo impensable hace solo año y medio, cuando mi insuficiencia renal me tenía atado a la máquina de la diálisis y condenado a no poder moverme de Sevilla, después de tanto volar.

Quiero dar gracias a Dios **por mi familia**, tan importante para mí. Me la dio sin pedírsela, y la decidió sin pedirme opinión; pero ha sido siempre –y

lo sigue siendo- mi cimiento y mi defensa, mi apoyo y mi ayuda, arropándome con un cariño y una entrega sin límites.

Quiero dar gracias a Dios **por la música**, esa mi *compañera de viaje* de toda la vida, que nunca se separó de mí, desde que a mis 3 años de edad comencé a familiarizarme con el solfeo; la música que jamás me condujo por senderos arriesgados o peligrosos para mi otra vocación, y que me ha colmado siempre de satisfacciones, consuelo y alegría.

Y quiero dar gracias a Dios -¡cómo no!- **por el sacerdocio**, que me ha posibilitado una unión personal cada vez más estrecha y gozosa con ese Dios que me orienta y me conduce; que me hace ver todo lo que me rodea (el dolor y la alegría, la suerte y la desgracia, el éxito y el fracaso, el dinero y la necesidad, la vida y la muerte) de una manera nueva y distinta, no siempre gratificante pero nunca derrotista o amargada; que me consuela en el sufrimiento, me respalda en el trabajo y me premia sobradamente -ya, aquí y ahora- cualquier acción buena, por nimia que sea; que se me hace absolutamente accesible, pudiendo traerle a mis manos en la Eucaristía siempre que requiera su presencia, esté yo donde esté; que ha hecho perfectamente compatibles mis promesas sacerdotales con mi vocación musical, hasta vivir ambas con emoción y enorme alegría; y que además me ha revestido de poderes inimaginables, como dar la vida divina a otros (integrándolos en el Cuerpo Místico de Xto. por el Bautismo, o alimentándolos con el Pan de vida en la Comunión); o como perdonar sacramentalmente en Su nombre; o como pasaportar a la Gloria a quienes se enfrentan a la muerte en el momento más comprometido e importante de sus vidas; o como haber hecho de la música -en mi caso- un instrumento de trabajo fundamental en mi larga vida sacerdotal.

Porque la música no solo me abrió un día las puertas de aquel gran Seminario de Vitoria que vivía entonces días de gloria, o de la impar Catedral de Sevilla, de la que me siento perdidamente enamorado; no solo me ha permitido viajar y conocer otros países, paisajes, gentes, culturas y religiones; no solo me ha proporcionado buena parte de mi libertad e independencia por las que siempre tanto luché; no solo me ha hecho feliz saciando mi sensibilidad por el arte; no solo me ha ofrecido una conexión con Dios nítida y segura, personal y entrañable, por caminos de serenidad y armonía, cuando he sentido que el órgano disfrutaba conmigo, cantaba conmigo, lloraba conmigo o rezaba conmigo. Sino que además la música me ha permitido transmitir a muchas gentes este mensaje plenamente evangélico de paz, serenidad, esperanza y amor; y en un lenguaje -el del arte- que todo el mundo entiende porque va de

corazón a corazón directamente; sin pasar por la palabra, que es donde se diversifican y multiplican los idiomas, y nace la incomprensión y el aislamiento. Yo –lo digo sinceramente- me he sentido siempre sacerdote evangelizador, predicador y misionero; porque creo haber ayudado a muchos en muchos países, haciendo música con mis manos y mis pies, invitándoles *a levantar la mirada hacia lo Alto y abrirse al Bien y a la Belleza absolutos, que* –como decía recientemente S.S. Benedicto XVI (29.IV.10) – *tienen en Dios su fuente última*. Solo así me explico que en el Japón –por ejemplo- me digan tantas veces que con mi música logro que entren en las iglesias –y al menos contemplen alguna vez los rostros de Jesús y de la Virgen- budistas y confucionistas que, de otra forma, no hubieran tenido contacto alguno con el mensaje de la Iglesia católica. Solo así se comprende que en la Rusia Soviética de 1977, después de un concierto, Radio Moscú me hiciera una entrevista de media hora, centrada exclusivamente en preguntas sobre Dios, mi forma de relacionarme con Él, y la manera de compatibilizar mi vida sacerdotal y el concertismo. Solo así se explica que, en la propia Catedral de Sevilla, después de interpretar en un concierto el *Tríptico del Buen Pastor* de Guridi, un hombre ya maduro me pidiese oírle de inmediato en confesión.

De esta manera la música, de ser una expresión artística que se lleva el viento, se convierte en un mensaje, en una semilla de incalculables consecuencias en el corazón del hombre. Y es que yo no entiendo mi sacerdocio sin música, ni mi música sin mi condición de sacerdote.

¡Gracias, Señor, gracias, por tantos dones y tanta felicidad!!

Pero esta Acción de gracias podía hacerla en privado. Y os aseguro que lo hago diariamente.

Pero hoy **quiero hacerlo con vosotros**. Y quiero hacerlo así porque todos vosotros habeis contribuido de muy distintas maneras a que yo haya gozado de esa felicidad. Y esto también tengo que agradecerlo.

Tengo que agradecer a **mis padres** que me dejaran nacer en circunstancias muy difíciles por la Guerra civil; que en determinados momentos expusieran su vida para salvar la mía (como cuando mi madre, tumbada en una cuneta de la carretera al cementerio al paso de una patrulla de bombarderos, me escondió bajo su regazo, para que si la metralla hacía blanco en nosotros, fuera ella la víctima y yo quedara indemne). Tengo que agradecer a mis padres su entrega incondicional y su dedicación plena a nosotros, sus hijos; sus lecciones de honradez, honestidad y laboriosidad; sus esfuerzos por construir una familia unida, aunque a veces ese empeño exigiera decisiones muy duras; como cuando mi madre, al decidir trasladarse a Sevilla por el futuro de sus

hijos, renuncia a su enorme popularidad en Jaca para convertirse en Sevilla simplemente en la madre de Javier, de Miguel, de Mapi o de José Enrique, según los ambientes. Tengo que agradecerles el respeto y el apoyo que en todo momento mostraron cuando yo, a los diez años de edad, les comuniqué mi decisión de ser sacerdote; y sobre todo, tengo que agradecerles que me enseñaran a conocer y a tratar a Jesucristo desde niño, cuidando mi formación religiosa, rezando conmigo y viviendo la coherencia de su fe y sus vidas.

Tengo que agradecer a todos **mis hermanos** su cariño, su comprensión, su apoyo y su ayuda. A **Javier**, el médico que se mató en accidente de moto, tengo que agradecerle su carácter, su jovialidad, su alegría contagiosa, su profesionalidad, su sencillez, su entrega a todos, y ¡cómo no! sus desvelos en mi enfermedad y la donación de su riñón para seguir viviendo. Lo había hecho con muchos, había salvado muchas vidas en la mesa del quirófano; pero mi caso fue distinto: salvó la mía a costa de la suya. A **Miguel y a Mapi**, haber condicionado sus vidas a la mía, cuando siendo ya mayores de edad y teniendo en Jaca su vida, sus ambientes y sus trabajos, arriesgaron su futuro lanzándose a lo desconocido por seguir a la familia. Tengo que agradecerles su cariño, su disponibilidad a todo y en todo momento, sobre todo durante mi enfermedad y postoperatorio.

Antes he agradecido a Dios el don de **la música**, *mi fiel compañera de toda la vida*. Pero es que detrás de mi música, hay *muchas personas* a las que tengo mucho que agradecer: a mi familia por supuesto; pero también a mis profesores de Jaca, Vitoria, Montserrat, París,...; a todas aquellas personas que con sus consejos y su ayuda me orientaron y estimularon de manera directa y personal a dedicarme a la música. Cómo no recordar al cardenal Bueno Monreal -obispo de Jaca durante cuatro años- que me llevó consigo a Vitoria para continuar estudiando música, cuando en Jaca me quedé sin profesor a la muerte del que me había preparado los estudios de piano; que -ya en Sevilla- me animó a pasar en París cuatro años para perfeccionar el órgano con los mejores profesores del momento, siendo yo organista de la Catedral hispalense; y que me quiso consagrado a la música, cuando -por ejemplo- D. José M^a Cirarda, antiguo profesor mío de teología en Vitoria y entonces obispo auxiliar de Sevilla, quería encargarme de una cátedra de teología en el Seminario hispalense. Cómo no recordar en Sevilla a un D. Norberto Almandoz, mi predecesor en la organistía y referencia obligada en mis primeros pasos por la vida musical catedralicia; y sobre todo a un Manuel Castillo, uno de los más grandes músicos españoles de los últimos decenios, gran pianista y mejor compositor, compañero muchos años en las tareas docentes del Conservatorio Superior y en esta Real

Academia de Bellas Artes. Si buen músico mejor persona: sencillo, discreto, sufrido, hipersensible; entrañable amigo, del que logré –por amistad e influencia ante él– la composición y la divulgación de casi toda su producción organística; el legado más importante escrito para órgano en España en la segunda mitad del siglo XX.

También han habido otras muchas personas, que influyeron notablemente en mi vida musical; o porque pusieron en mis manos importantes medios para crecer como músico (grabaciones discográficas, partituras, instrumentos...), o porque me aseguraron con su amistad y su afecto ese ambiente de sosiego necesario para disfrutar de la música y poder transmitir a otros la paz, la serenidad, y la belleza de su mensaje. Es el caso de D. Javier Benjumea, fundador de la empresa andaluza Abengoa y 1º presidente de la Fundación Focus-Abengoa de Sevilla, que hizo construir el grandioso órgano barroco de los Venerables, instrumento considerado “*un milagro del siglo XX*” por los más grandes organistas del momento, para dejarlo en mis manos; y que, unido al gran órgano sinfónico que tengo en la Catedral, me hace disfrutar de la mejor infraestructura instrumental con la que hoy puede contar un organista en España. Y no daré más nombres, por no eternizarme en algo que es obvio y que yo agradezco con mi afecto y mi oración.

Es también el caso de decenas de insignes y virtuosos sacerdotes religiosos y seculares: formadores, profesores, compañeros de todas las partes del mundo que, con el ejemplo de sus vidas y el ofrecimiento de su amistad, me han hecho sentirme siempre orgulloso de ser sacerdote, afianzado en mi camino, estimulado en mis pruebas, comprendido en mis miserias, respaldado en mis éxitos y consolado en mis sufrimientos.

Y es finalmente el caso de tantos de vosotros, mis queridos amigos, a quienes debo un afecto singular y contrastado de muchos años, y a quienes agradezco hoy vuestra aportación a mi felicidad en el sacerdocio; porque seguramente sin pecaros, simplemente con el testimonio de vuestros continuos o esporádicos ejemplos de honradez, sencillez, responsabilidad o solidaridad, con vuestra capacidad de superación, con vuestro afecto o simpatía, y quizás con vuestra oración, habeis conseguido estimularme en el cumplimiento de mis compromisos, librarme del desfallecimiento, enriquecerme como hombre y como cristiano, hacerme más humano, más comprensivo y más solidario, contribuyendo así a mi felicidad personal.

Haciendo estos días un análisis de mis 50 años de sacerdote, llego a la conclusión de que si en el *primer período* de este largo caminar hay una cierta compensación entre mi vida sacramentaria y la musical, por estar adscrito

a la parroquia de San Vicente, a la hermandad penitencial de Ntro. Padre Jesús de las Penas, a la rama de la Acción Católica de los medios independientes, y a los Cursillos de Cristiandad, en este *segundo periodo* -que abarcaría los últimos 30 años- es evidente una presencia mucho más intensa de la música en mi sacerdocio; puesto que a la actividad organística en la liturgia de la Catedral se sumará mi labor docente en la cátedra del Conservatorio y mi actividad concertística por todo el mundo, dando a mi sacerdocio una connotación especial. Pero pienso que esto, lejos de llevarme a una cierta relajación o disipación espiritual, ha hecho que –por la misericordia de Dios y la ayuda del ejemplo y de las oraciones de tantos amigos y compañeros- la música, en mi caso, se haya ido afianzando como una forma habitual de oración personal, como un elemento intencionalmente orientado a la alabanza a Dios y objetivamente integrado en la liturgia de la Iglesia, y como un instrumento evangelizador, tanto en la docencia (con los alumnos), como en los conciertos (con los oyentes, sean cuales fueran su nación, cultura, lengua o religión).

¡Gracias, Señor porque, a pesar de mis defectos, pecados y miserias, me has hecho vivir durante cinco décadas con gran orgullo y enorme felicidad la gran aventura del Sacerdocio!

Ahora, desde el trasplante renal que sufrí hace año y medio, el Señor me está regalando una segunda oportunidad de vida, y la posibilidad de seguir prorrogando mi sacerdocio. No sé porqué, ni lo que durará, ni lo que Él espera de mí. En todo caso, estoy convencido de que si lo ha hecho lo ha hecho por algo; y de que sea lo que sea ese “algo”, yo, para responderle con fidelidad, seguiré necesitando Su misericordia y la intercesión de la Santísima Virgen; pero también vuestro afecto y vuestras oraciones como hasta el día de hoy. Y porque lo necesito, os lo pido ya desde ahora; con la seguridad de que agradeceré siempre vuestra amistad y os corresponderé también con la mía.

Y consciente de la necesidad absoluta del Señor para seguir siendo feliz como hasta ahora en el sacerdocio y el arte, le seguiré diciendo machaconamente:

*“Tú, que eres la LUZ, ilumíname;
 Tú, que eres AMOR, enamórame;
 Tú, que eres el REDENTOR, libérame;
 Tú, que eres el CAMINO, orientame;
 Tú, que eres la VERDAD, condúceme;
 Tú, que eres la VIDA, fortaléceme;
 Tú, que eres el BUEN PASTOR, cuídame;
 Tú, que eres el PAN BAJADO DEL CIELO, aliméntame;*

*Tú, que eres la FUENTE DE AGUA VIVA, embriágame;
Tú, que eres mi HERMANO mayor, defiéndeme;
Tú, que eres HOMBRE, compréndeme;
Tú, que eres el CORDERO DE DIOS, perdóname;
Tú, que eres mi AMIGO, acompáñame;
Tú, que eres mi SEÑOR, reclámame;
Tú, que un día serás mi JUEZ, acógeme;
...para que con toda mi familia, amigos y santos
te alabe por los siglos de los siglos. Amén".*

